

## CAPÍTULO VI.

*Como el duque Luis y la amada santa Isabel  
vivian juntos delante de Dios en el santo  
sacramento del Matrimonio.*

Pars bona, mulier bona, in parte  
timentium Deum dabitur viro pro  
factis bonis.

(*Eccli.* xxvi, 3).

Vulnerasti cor meum, soror mea,  
sponsa.

(*Cant.* iv, 9).

Para un príncipe que tan acabado modelo ofrecia del caballero cristiano, no podia haber en la tierra mas dulce y hermosa recompensa que el amor de una Santa. Hemos visto como nuestra Isabel no habia conservado con la vida del mundo otro lazo que este amor asociado por ella á tan religiosos pensamientos. Luis por su parte nunca desmintió la tierna fidelidad de sus primeros años.

Por lo demás ella poseia todo cuanto puede interesar y cautivar á un corazon jóven. Si á los ojos de Dios aparecia hermoseada por la piedad y la humildad, adornábanla á los de los hombres todos los

atractivos corporales. Los historiadores que nos han conservado su retrato, la representan dotada de una hermosura regular y perfecta, no dejando nada que desear en el conjunto de su persona: la tez morena y pura, negros cabellos; talle elegante y de gracia sin igual, lleno de majestad y nobleza; ojos expresivos, radiantes de ternura, caridad y misericordia, formaban un todo de terrenal hermosura, brillante reflejo de la inmortal belleza de su alma <sup>1</sup>. Mas estos dos tiernos esposos habian fundado la inalterable union de sus corazones, no sobre los efimeros sentimientos de una admiracion y un atractivo puramente humanos, sino sobre una fe comun y la severa observancia de todas las virtudes que esta fe enseña, y de todos los deberes que prescribe. Ni la extremada juventud, ni la vivacidad

<sup>1</sup> Mas aun que la fortuna, habia sido la naturaleza liberal con ella. Tenia el talle mas rico y mas hermoso de la tierra; y en su continente habia un no sé qué de noble, de majestuoso y grande, que no se la podia mirar sin admirarla. No existia en el mundo persona mas hermosa... (Vid. P. Archange, pág. 82, segun Jac. Montan. Spirens. cap. 5).—El conde Mailath en la *Hist. Taschenbuc*, de 1822, repite casi las mismas expresiones copiadas de una crónica anónima.

cási infantil del amor que á su marido profesaba, eran parte á que olvidase un punto Isabel que aquel jóven era su cabeza, como Jesucristo lo es de la Iglesia, y que por tanto debia estarle sometida como lo está la Iglesia á Jesucristo. Iba por tanto aquel ardoroso afecto unido á un gran respeto; la mas insignificante palabra de Luis, la menor indicacion por él hecha, eran órdenes solícitamente cumplidas por ella; cuidaba escrupulosamente de que en todas sus acciones y palabras las mas indiferentes nunca hubiera cosa que pudiera remotamente ofender ni impacientar á su esposo. Para ella el matrimonio era un yugo, pero tal como lo quiere la Iglesia, yugo de amor y de paz; porque Luis la dejaba en completa libertad para dedicarse á las obras de piedad y misericordia, únicas que la interesaban; animándola además y sosteniéndola en estas saludables prácticas con solícitud piadosa; y si alguna vez la detenia en ellas, era cuando creia verla entregada á un excesivo celo, haciéndolo entonces por medio de advertencias dictadas siempre por afectuosa prudencia, siempre recibidas con alegre docilidad.

La jóven esposa, aprovechándose de la

ocasion que le daba el sueño, verdadero ó fingido, de Luis, ó sustrayéndose de sus caricias, dejaba todas las noches el lecho conyugal, y arrodillada allí cerca se entregaba largo rato á la oracion pensando en el santo pesebre, y dando gracias á Dios por haberse dignado nacer á media noche en medio de la miseria y el frio para salvarla á ella y á todo el linaje humano. Luis despertaba muchas veces durante la oracion de Isabel; y temeroso de que tales penitencias fuesen superiores á las fuerzas de aquella complexion delicada, la suplicaba que cesase, diciéndole: «Querida hermana, mira por tí y procura descansar.» Luego le tomaba la mano hasta que ó Isabel volvía á acostarse, ó á él le vencía el sueño, quedando así su mano entre las de su esposa, la cual entonces regaba con lágrimas fervorosas aquella mano que parecia querer tenerla pegada á la tierra. Mas nunca Luis hizo uso de su autoridad para obligarla á interrumpir las obras de piedad, que tanto contento y regocijo causaban á su corazon; y la doncella de mas intimidad que tuvo Isabel, Isentrudis, ha referido á los jueces eclesiásticos un rasgo que prueba la indulgencia de Luis. Con el doble objeto de dis-

pertarse á tiempo y de no interrumpir el sueño de su marido, habia una dama de honor encargada de quitarle el sueño á cierta hora tirando por el pié de la Duquesa. Una vez que Isentrudis tenia esta comision, se equivocó, y en vez del pié de la Duquesa tiró por el pié del Duque, el cual despertó de pronto; pero cayendo en la cuenta de lo que aquello significaba, volvió á dormirse sin haber dado la menor muestra de impaciencia ni enfado.

El Duque veia muy bien, dice su historiador, que Isabel amaba á Dios con todo su corazon; y este pensamiento le tranquilizaba: ella por su parte estaba satisfecha de la piedad y prudencia de su esposo, y no le ocultaba ninguna de sus mortificaciones, segura de que nunca se interpondria entre ella y el Señor. Á las repetidas pruebas que mutuamente se daban de su ternura, ambos sabian mezclar dulces exhortaciones para adelantar juntos en el camino de la perfeccion, fortificándose y manteniéndose con esta emulacion santa en el servicio de Dios, sacando así del ardiente amor que les unia el sentimiento y el encanto del amor supremo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Miro se affectu diligentes, et se invicem ad

El grave y puro carácter de este afecto se dejaba ver principalmente en la tierna costumbre que siempre conservaron de llamarse *hermano* y *hermana* aun despues de casados, como para perpetuar el recuerdo de la infancia que habian pasado unidos, y cual si quisieran refundir su vida toda entera en un solo sentimiento y único afecto.

Para ambos era tan indispensable la dicha de estar juntos; tan poderoso el casto iman que les atraia mutuamente; tan íntima la alianza de sus almas, que el separarse uno de otro no podian sufrirlo ni aun por brevísimo espacio de tiempo. De modo que el Duque, cuando sus excursiones eran cortas, llevaba siempre consigo á su amada Isabel, dichosa en acompañarle, aunque muchas veces por ásperas y peligrosas veredas, á largas jornadas y en medio de furiosos temporales; pero sin que pudieran detenerla las nieves, ni el calor excesivo, ni las inundaciones; pues en tanto estimaba el no estar apartada de aquel que nunca la apartaba de Dios.

Dei laudem et servitium dulciter invitantes et confortantes. (*Dict. IV Ancill.* Declaracion de Isentrudis reproducida en una de las lecciones del antiguo oficio de la Santa).

Pero en ocasiones obligaban á Luis los deberes de soberano á emprender expediciones lejanas, á salvar las fronteras de sus dominios sin poder llevar consigo á Isabel. Ocasion eran estas cortas ausencias de consolidar su mútua fidelidad y ternura; pues aprovechándolas los amigos del mal para tentar al Príncipe incitándole á abandonar á las inclinaciones de la carne, no lo graban sino proporcionar brillantes triunfos á su pureza y al amor de esposo cristiano. Dijéronle cierto día algunos de su comitiva: «¿Por qué no haceis, señor, como otros príncipes y señores hacen? Vos «no siempre podeis tener cerca á vuestra «esposa, ni resistir siempre á las exigencias de la juventud.» Por de pronto nada contestó á esto; mas viendo la provocativa insistencia en tentarle, «Si estimais en algo, les contestó airado, mis favores, guardaos mucho de volver á hablarme en estos términos: tengo mujer y le debo fidelidad.»

Por lo tocante á Isabel, en cuanto su marido era ido, quitándose las galas de princesa tomaba el traje y velo propios de las viudas, no abandonándolos mientras duraba la ausencia de Luis, y aguardando el

regreso de éste entregada á la oracion, á las vigiliass y á las mas severas mortificaciones. Pero no bien llegaba á su oido el rumor de la vuelta del esposo, tornaba apresuradamente á vestirse y engalanarse con el esmero y brillo propios de su elevada clase, diciendo á sus doncellas: «Mirad «que no hago yo esto por carnal complacencia ni vanidad mundana, Dios me es testigo de ello; sino únicamente por caridad «cristiana á fin de evitar á mi esposo toda «ocasion de disgusto y aun de pecado, si «en mí llegara á ver cosa que no fuera de «su agrado; y para que no ame sino á mí «sola en el Señor, y que Dios que nos ha «unido en la tierra nos conceda á ambos la «union de la vida eterna.»

Y luego volaba á su encuentro con el cándido alborozo de una niña, esforzándose mientras se hallaban juntos en agradar á su corazon y á sus ojos. Contra lo que prescribia la etiqueta de aquel tiempo, Isabel, que no podia sufrir el estar léjos de su esposo, corria á sentarse al lado de éste cuando se ponian á la mesa; en lo cual satisfacía á un tiempo al amante anhelo del corazon y al deseo de que su presencia sirviera de freno á la lengua ligera y descom-

puesta de los caballeros jóvenes; como en efecto nada era mas á propósito para poner á raya las almas mundanas que el espectáculo de virtud tan grande en tan jóvenes personas. Unidos de esta suerte por una santa concordia; llenos de humildad y pureza delante de Dios; de caridad y buena voluntad para con los hombres; de mútuo y recíproco amor, pero de un amor que arastraba á uno y otro hácia Dios, ofrecian á la tierra y al cielo el mas dulce y edificante espectáculo, realizando de antemano el cuadro encantador de un consorcio celeste, trazado por el mas grande poeta del Catolicismo:

La lor concordia e i lor lieti sembianti,  
Amore e maraviglia e dolce sguardo  
Faceano esser cagion de' pènsier santi.

(Dante, *Paradiso*).

## CAPÍTULO VII.

*Como la amada santa Isabel mortificaba su cuerpo.*

Or a la dame ainsi vescu  
Et de sa vie a fait escu  
Por l'ame deffendre el couvrir,  
Et por saint paradix ouvrir.

(*Rutebeuf*, Mss. f. 34).

Ved, pues, á nuestra jóven Princesa en posesion de esta dicha de los primeros años, de esas dulces alegrías de la mañana de nuestros dias, que ninguna otra alegría mas tardía puede reemplazar ni dolor alguno sepultar en el olvido. Con su ausencia oscurecese la vida toda en nuestros corazones, y basta su memoria para dulcificar las miserias mas crueles. Por eso Dios provee las mas veces á sus criaturas de este matinal rocío, á fin de que puedan resistir al peso y al calor del dia. Pero Isabel, cuyos ojos interiores estaban fijos en el cielo, al aceptar esta dicha con tierno abandono, comprendia tambien sus peligros; y aquella alma escogida hallaba en esta felicidad una prueba de la cual era forzoso triunfar.